

MARIANA
GUARINONI



LA
DUEÑA
DE LA
SANTA



VERGARA

Mariana Guarinoni

La dueña de la santa

Vergara

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*“Para crear un libro poderoso
hay que elegir un tema poderoso”.*

Herman Melville

Para Leo, mi amor.

PRÓLOGO

*Marzo de 1630.
Aldea La Trinidad
y puerto Santa María
del Buen Ayre.*

El capitán de navío portugués, André João, espío el cielo grisáceo de esa húmeda y agobiante mañana a través de los barrotes de la ventana de la celda. Llevaba tres días prisionero y no sabía cuánto más estaría allí. Había sido detenido poco después de arribar al puerto del Buen Ayre. Al alguacil de mar le bastó una ojeada a la bodega del barco para encontrar las cientos de cajas y barriles con mercaderías que iban a desembarcar ilegalmente. A pesar de la orden del gobierno español que prohibía cualquier tipo de comercio con otros reinos, muchas naves de banderas extranjeras atracaban en la ciudad. Los porteños los recibían con los brazos abiertos pues el poblado lograba sobrevivir, en esas inhóspitas y lejanas tierras, gracias al contrabando. João había convenido con un coterráneo suyo, el portugués que iba a comprarle gran parte de la carga, que estaría esperándolo a su llegada de Brasil con todo resuelto: los funcionarios correspondientes sobornados y los papeles que lo autorizaban a seguir hacia el interior del virreinato ya firmados. Pero nada de eso ocurrió: su contacto no apareció y André João fue a parar a la cárcel.

Ya bien entrada la mañana la gruesa puerta de madera de la celda se abrió con un chillido de los oxidados goznes de hierro.

—Salga y camine —le ordenó un guardia poco amigable.

João apenas tuvo tiempo para recoger la capa y el sombrero antes de que el hombre lo hiciera salir a empujones. Lo siguió por un tenebroso y mal iluminado pasadizo por los fondos del Cabildo hasta que alcanzaron un despacho más prolijo y mejor ventilado, con menos olor a humedad. Llegó a tiempo para ver a un funcionario estrechando la mano de un visitante ricamente vestido y escuchar lo que hablaban.

—Ha sido un placer hacer negocios tan productivos.

—Lo mismo digo, don Bernabé. La próxima vez avise con más tiempo, así su socio no se verá obligado a aceptar la hospitalidad de nuestro calabozo.

—Vamos, que no debe ser tan malo.

—¿Malo? ¡Es peor que eso! —respondió entre carcajadas el corrupto funcionario.

Las risas acallaron cuando los hombres vieron a João.

—¡Querido André! —exclamó el portugués Bernabé de González Filiano y Oramas en su lengua y se apresuró a abrazar a su viejo colega de fechorías—. ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú, no esperaba un recibimiento digno de criminales en tu ciudad. No fue eso que lo habíamos acordado.

—Te pido disculpas, estimado amigo. Para reparar la incomodidad sufrida, te alojarás en mi casa en la aldea por unos días, hasta que tengamos todo listo para despachar tu caravana hacia el norte. Nuestro querido Antonio Farías de Sáa espera ansioso las mercaderías en Santiago del Estero.

—¿Y la carga de mi barco?

—Despreocúpate. En este momento la están llevando a mis depósitos. Guardaremos todo allí, incluidos los esclavos.

vos. Estarán seguros, bien atados y custodiados, hasta la hora de partir. Hay mucho por preparar aún.

—Bien, pero hay un negro que quiero que me acompañe porque no irá a subasta, lo compré en el último lote pero me lo quedé como mi esclavo personal. Se llama Manoel, haz que lo separen del resto, por favor.

—Como digas. Y ahora cuéntame detalles de la carga, espero que nos dé una gran fortuna —dijo entre risotadas y guiños cómplices.

—Sin duda, amigo, pero por tu aspecto no parece necesitar más riquezas. Tu bastón está recubierto en plata labrada.

—Debo reconocer que me ha ido bien en los negocios —murmuró Oramas satisfecho—, esta ciudad es una excelente puerta de entrada al resto del virreinato, ofrece muchas posibilidades. Pero no todo lo debo a mis actividades, además me casé con una viuda rica: Francisca de Trigueros y Rosendo, y administro sus tierras hasta que su hijo Diego crezca. Conocerás la amplia planicie que poseo durante tu viaje, ya que el Camino Real la atraviesa. Ahora, vamos, podrás recuperarte en mi casa antes de tu partida.

Mientras se alejaban del Cabildo sobre uno de los laterales de la Plaza Mayor, en la puerta de la Iglesia Mayor tuvieron que detenerse para dejar pasar a una muchacha precedida por dos niños y una niña: un séquito nupcial.

La joven apenas levantó la vista hacia ellos, pero ninguno pudo dejar de observarla. Unos pocos rizos dorados escapaban por debajo de una mantilla blanca de encaje, varias hileras de perlas abrazaban el delicado cuello y las manos unidas sobre el pecho apretaban con tanta fuerza un rosario de madreperlas que los nudillos se veían enrojecidos. Eso

hacía contrastar más aún la palidez del rostro. La novia, que con un cuerpo fresco y flexible parecía estar apenas saliendo de la pubertad, se veía asustada. Las flores que le adornaban la frente no lograban ocultar la tristeza de esos ojos azules como el cielo. Se detuvo antes de entrar a la iglesia, con un sollozo entrecortado, pero la voz de una esclava desde atrás la apremió:

—*Vamo', niña, vamo'*. Esto es lo que la madre de vuesa *mercé* pidió.

Un sonoro suspiro pareció infundir valor a la muchacha. Recogió el borde de su falda celeste con la mano izquierda, se santiguó con la derecha que sostenía el rosario y entró con paso firme detrás de sus hermanitos por el pasillo central.

Avanzó sin levantar la vista del piso de tierra. Sabía quién la esperaba frente al altar: un hombre que doblaba largamente los quince años de ella, elegido por su madre en el lecho de muerte. Doña Francisca de Encinas aún vivía, pero había cerrado los ojos sin esperanzas de despertar, según el médico. Con la certeza de dejar a sus hijos en buenas manos, había decidido casar a la mayor con un rico hacendado y oficial militar quien garantizaría el futuro de los cuatro niños, por lo que se apuró a organizar la boda antes de que el período de luto por ella misma impidiera cualquier celebración.

“Ana, ya has cumplido quince años, tienes la edad suficiente para casarte, con esta boda tú y tus hermanos estarán protegidos; don Sequeira aceptó convertirse en tutor de Pedro, Diego y María si tú lo desposas. Hazlo, y así yo partiré tranquila a encontrarme con tu padre en el Reino de los Cielos”, recordó la novia las palabras de despedida de

su madre y se emocionó. Pero Ana de Matos y Encinas no dejó que las lágrimas desbordaran de sus ojos: tragó con fuerza y siguió adelante. Iba a cumplir con su deber, con el mandato impuesto como herencia. Cuidaría a sus hermanitos, les aseguraría un buen futuro. No tenía otra opción, la vida que conocía había terminado. No dejaría que el camino que se abría ante ella la amedrentase, aunque su destino estuviese en manos de un desconocido. Recordó una frase que le dijera su padre poco antes de morir, cinco años atrás, a la que no había encontrado sentido entonces, pero que ahora entendía con claridad: "Cada final es el comienzo de algo nuevo, aunque en ese momento no lo sepamos". El final de la vida de don Lázaro de Matos Silveira había marcado el cierre de una etapa para los huérfanos y la viuda; la muerte volvía a signar el camino de Ana, pero esta vez ella ya sabía que eso indicaba otro comienzo. Las puntas de un par de botas frente a sus ojos le anunciaron que había llegado al final del pasillo. Detuvo las cavilaciones, levantó la cabeza decidida y apoyó los dedos en el brazo que ese extraño vestido con uniforme militar le ofrecía. Apenas lo había visto una vez, mientras arreglaba el contrato nupcial con su madre poco antes de que le ungiesen los óleos a doña Francisca; pero Ana intentó quitarse la sensación de vacío que la invadió ante esa imagen: en pocos minutos el sargento mayor Marcos de Sequeira dejaría de ser un desconocido para convertirse en su marido. Forzó una sonrisa y avanzó junto a él los pasos que faltaban hasta el altar.

Mayo de 1630.

*Varias leguas al noroeste de La Trinidad,
a orillas del río de Luján.*

—¡Vamos, vamos! ¡A moverse! ¡El camino nos espera!

Apenas estaba amaneciendo cuando el capataz de la caravana dio la orden de volver a ponerse en marcha. Todavía les faltaban muchas semanas de viaje, habían partido del Buen Ayre un par de días antes. Hizo resonar el látigo en el aire y los bueyes empezaron a andar con lentitud. Los seis carros iban cargados con costosas mercancías destinadas a Santiago del Estero; a su alrededor varias decenas de esclavos, la mayoría atados por el cuello y unidos en una larga fila, se preparaban para marchar a pie.

Manoel iba suelto, se había ganado ese privilegio por ser esclavo personal del líder de la caravana. Se ubicó detrás de la última carreta, con un petate mediano sobre los hombros. No hablaba español pero entendía lo suficiente, dado el parecido con el portugués. En los meses pasados en Recife, desde su llegada en el barco negrero que lo capturara en Guinea, había aprendido esa lengua. Esperó en su lugar y vio la caravana avanzar, pero el carro frente a él no se movió.

A pesar de los esfuerzos del conductor, que azuzaba a los animales, los dos bueyes estaban firmes en su sitio. Ni gritos ni látigos ni varas lograron impulsarlos a moverse.

Don André João, el comerciante portugués jefe de la expedición, espoleó su caballo para acercarse hasta el carro detenido.

—¿Por qué no avanzan? —exclamó con cara poco amigable.

—No lo sé, señor. Son animales dóciles. No habían dado problema desde que partimos. Ahora no logro que despeguen las patas de la tierra. Están tan firmes como árboles añosos.

João soltó un bufido y gritó para detener al resto de la caravana. Desmontó del caballo y se acercó a los bueyes.

—Manoel, ven acá y ayuda a tirar de los animales. Tú y tú, agarren del otro lado —indicó a otros dos esclavos.

Los esfuerzos de los tres, sumados a más latigazos del conductor sobre los bueyes, resultaron inútiles.

—Quizás está demasiado pesada, quiten parte de la carga.

—Pero va armada igual que ayer, patrón —explicó el carretero—. No se le ha agregado nada.

—Hagan lo que digo.

Los esclavos se apresuraron a obedecer. Bajaron la mitad de las cajas estibadas y volvieron a incitar a los bueyes, sin éxito.

—¡Bajen todo lo pesado!

Tras quitar los grandes baúles, en el fondo de la carreta quedaron apenas dos cajas de madera de mediano tamaño.

—Son las santas, *sinhó* —dijo el negro Manoel a su amo—, son livianas.

Se refería a dos pequeñas figuras de terracota, encargadas a un artesano de Brasil por el portugués Antonio Farías de Sáa, vecino de Sumampa, en Santiago del Estero. Cada una viajaba en una caja de madera de media vara de largo. Eran las imágenes de Nuestra Señora de la Consolación, madre de Jesús, con el niño dormido en brazos, y la de

Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción, con las manos unidas sobre el pecho.

—Pero aun así el carro no anda... Bájenlas.

Para sorpresa de los presentes, en cuanto estuvo vacía, la carreta se movió.

—¡Se han desempacado los bueyes! Vuelvan a subir todo, ¡vamos, vamos!

Obedientes, los esclavos comenzaron por acomodar las imágenes de la Virgen. El conductor intentó comprobar si los bueyes estaban dispuestos a tirar de la carga, pero volvieron a clavarse en la tierra.

—Saquen del carretón uno de los cajones y observemos si caminan, o si me han vendido animales tan viejos que no sirven ni para llevar una cajita —exclamó João furioso—.

Con sólo una de las estatuillas a bordo, el carro avanzó.

—¡Agreguen la otra!

Obedecieron, y los bueyes ya no se movieron.

—¡Milagro de las santas! ¡Milagro de las santas!

El murmullo recorrió la caravana de una punta a la otra, y en pocos minutos todos los viajeros se amontonaban alrededor del carro atascado.

—Veamos si hay en esto algún misterio —ordenó João, aunque ya menos impetuoso—. Saquen la segunda caja.

Casi medio centenar de personas observaron al carro avanzar por el camino sin necesidad de estímulo, con una única imagen en su interior, la de la virgen con el niño. Unos cuantos se santiguaron.

Incómodo, João, dijo entonces:

—Truéquense los cajones.

Después del cambio no hubo forma de hacer avanzar el carro que llevaba a Nuestra Señora de la Pura y Limpia

Concepción.

—¡La Santa quiere quedarse! —exclamó alguien en la multitud.

—Se ha plantado, eligió este lugar —lo apoyó otro.

—¡Milagro! ¡Milagro! —corearon las voces, y movimientos de manos santiguándose se repitieron uno tras otro.

—¡Debe permanecer aquí! ¡Es designio divino! —gritó el conductor.

—Nada de eso —insistió André João, aunque con una inseguridad que no había mostrado hasta entonces, y ordenó repetir la prueba—, vuelvan a trocar los cajones.

Así se hizo, y cuando el carro avanzó otra vez al llevar sólo a la estatua con el niño, los pocos que quedaban de pie cayeron de rodillas. Algunos se acercaron a la caja de madera que albergaba la imagen con poder para frenar a dos fuertes bueyes, pero nadie se animó a tocarla.

El mismo João se santiguó, se quitó el sombrero ante el fenómeno y se rascó la barba. Tras un último intento fallido por subir la imagen a otro carro, finalmente optó por dejarla allí. Pero sabía que no podía abandonarla: no cometería la herejía de desamparar a una figura santa en medio del campo. No viajaba con ellos párroco alguno a quien consultar, así que la decisión final fue suya.

—Manoel, ven acá —resolvió después de meditar un largo rato—. Toma la caja de la santa: te quedas aquí con ella. Yo resolveré el tema con mi amigo don Bernabé González Filiano y Oramas, dado que estamos atravesando sus tierras, y estarás bajo su mando por cuestiones legales, pero tendrás una única labor: servir a la santa. Cuando llegue a destino le mandaré una carta como documento legal de tu propiedad.